

## EL DOS DE MAYO EN GALDÓS

TONI DORCA  
Macalester College

El 2 de mayo de 1896 se publicó en la revista *Apuntes* un cuento de Benito Pérez Galdós titulado «Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870», cuya composición Leo Hoar sitúa en diciembre de 1870 (*Dos* 312). Lo temprano de la fecha de redacción sugiere la atracción que el género histórico ejerció en Galdós ya desde los inicios de su carrera, patente también en las novelas *La Fontana de Oro* (1870) y *El audaz* (1871). La importancia de «Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870» reside sobre todo en su condición de prototipo de *El 19 de marzo y el 2 de mayo* (1873), tercera entrega de la primera serie de *Episodios nacionales*. Las semejanzas entre el relato breve y los diez últimos capítulos del episodio son lo bastante palpables para que Hoar pudiera calificar aquél de «original 'borrón' galdosiano» (*Dos* 329) de la novela. Nos hallamos en ambos casos ante un narrador en primera persona (Margara y Gabriel Araceli), quien cuenta desde la vejez (1870 en el caso de Margara, 1873 en el de Gabriel) los sucesos presenciados en Madrid el 2 de mayo de 1808. El periplo de Gabriel por las calles de la capital, hasta dar con Inés Santorcaz y don Celestino en la Moncloa, remite asimismo al infructuoso recorrido de Margara en busca de su hijo *Remundo*. En última instancia, la contemplación de los horrores de la jornada lleva a los protagonistas de la indiferencia al patriotismo, unidos en el odio a los franceses por la responsabilidad de éstos en la desaparición de sus seres queridos.

No obstante el uso de la primera persona y la distancia del tiempo de la historia respecto del tiempo de la narración, cuento y nove-

la distan de compartir los mismos objetivos. Margara refiere su experiencia a un interlocutor o narratario anónimos a modo de desahogo. En un acto de sinceridad, confiesa su incapacidad de superar la pérdida del hijo incluso después de transcurridos más de sesenta años. Su desdicha es tal que cada mañana acude al Parque de Monteleón con la remota esperanza de encontrarlo, al grito de «¡Mundo, mi Mundo...!» (339). El «desconsuelo» (339) de la mujer insta al interlocutor a procurar alivio a sus cuitas, exhortando para ello a la clemencia: «a estas alturas, señora mía, ya se impone el perdón. Los agravios del Dos de Mayo deben ser generosamente olvidados» (339).

Mientras que a Margara le mueve el deseo de comunicar su desgracia a un amigo, *El 19 de marzo y el 2 de mayo* forma parte de una autobiografía ejemplar más extensa que Gabriel escribe para aleccionamiento de sus coetáneos. Nuestro protagonista tiene una perspectiva amplia de la historia decimonónica no sólo por lo mucho que ha vivido, sino también por la erudición que ha ido adquiriendo en su dorada y ociosa medianía. Esta conjunción de experiencia personal y conocimientos librescos le da pie a manejar hábilmente los mecanismos de la narración, estableciendo relaciones de causa-efecto o de contraste, conectando el presente con el pasado y revistiendo sus comentarios de ironía. En el episodio que aquí nos ocupa, el relato se dispone retóricamente en forma de antítesis entre las dos fechas mencionadas en el título, a saber: el 19 de marzo de 1808, abdicación de Carlos IV a resultas del motín de Aranjuez; y el 2 de mayo del mismo año, levantamiento del pueblo madrileño contra las tropas de Joachim Murat.

La estancia de Gabriel en Aranjuez en marzo de 1808 coincide con los preparativos de una revuelta contra Manuel Godoy orquestada por el príncipe Fernando y sus partidarios. Uno de los principales agentes de la misma es el sacristán de don Celestino, Santurrias, cuya afición a la bebida y la ingratitud que exhibe hacia su amo ejemplifican la falta de sentido moral de los amotinados. Otro de los cabecillas, el majo Pujitos, se complace en pronunciar discursos de tono incendiario en un lenguaje plagado de solecismos. Pese a la poca entidad de sus líderes, Gabriel percibe hasta qué punto la gente quiere al príncipe Fernando y rechaza al favorito de Carlos IV, a quien se acusa de estar confabulado con Napoleón para embarcar a los reyes a América y perpetuarse en el poder. Gabriel descubre también que los conspiradores no actúan tan desinteresadamente como creyó al principio. El dinero y el vino corren a discreción por las ca-

lles de Aranjuez, repartidos por destacados fernandistas como el conde de Montijo (alias tío Pedro) a fin de que la población civil y la tropa se adhieran a la causa del príncipe. Finalmente, en la noche del 17 de marzo Gabriel se deja arrastrar por su amigo Lopito hasta el palacio de Godoy, donde es testigo de un saqueo indiscriminado por parte de una turba de revoltosos. Tal espectáculo de violencia gratuita le confirma todo «el abismo de ignorancia y fanatismo de aquel puñado de revolucionarios» (296) manipulados con mano maestra desde arriba. El juicio sumario de Gabriel no deja lugar a dudas sobre el desprecio que en dicha ocasión le merece el vulgo: «Era aquella la primera vez que veía yo al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez» (301).

Menos de dos meses más tarde, al amanecer del día 2 de mayo, Gabriel está deambulando por las calles de Madrid en compañía de su prometida Inés, a quien acaba de librar de las garras de los hermanos Requejo. El júbilo de la pareja en aquella «risueña mañana» que augura un «día feliz» tiene su correlato en «el resplandor de la aurora» asomando por la calle de Alcalá (359). Pese al optimismo inicial, la contemplación del cielo teñido «de un vivo color de sangre» (359) parece anunciar la rebelión contra el invasor, la cual se inicia apenas unas horas más tarde. La narración subsiguiente recorre cronológicamente los cuatro eventos más significativos de la jornada, fijados ya con anterioridad por la iconografía y la historia: los disparos de la artillería francesa contra una multitud indefensa que quiere impedir el traslado de la familia real a Bayona, comienzo de las hostilidades entre uno y otro bando (361-67); la carga de los mamelucos (367-70), inmortalizada por Francisco de Goya en un cuadro homónimo; la resistencia de unos cuantos paisanos y soldados en el Parque de Monteleón, al mando de los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde (374-79); por último, los fusilamientos de los prisioneros españoles en diversas zonas de Madrid, incluyendo el del propio Gabriel en la Moncloa —del que sale milagrosamente con vida—, con que se clausura el episodio (390).

Según se narra en el texto, una concatenación de diversos factores va enardecido los ánimos de la gente hasta que prende la mecha de la rebelión. La entrada del recién coronado Fernando VII en Madrid el 24 de abril provoca no sólo el delirio de sus súbditos, sino también las primeras protestas por la intrusión de Murat en el desfile (336). La tensión va aumentando por la incertidumbre respecto a los planes de Napoleón, a lo que hay que sumar el viaje de Fernan-

do y su séquito a Bayona para entrevistarse con el emperador (344). Ante una situación que se hace insostenible por momentos, la revuelta brota impremeditadamente, fruto de una inflamación del «sentimiento patrio» (363) que aglutina a la población en defensa de la nación y el monarca: «¡Viva España y el rey Fernando!» (366).

El protagonismo de la jornada se divide a partes iguales entre, por un lado, los históricos capitanes del cuerpo de Artillería y, por otro, la masa anónima encabezada por Chinitas y su cónyuge la Primorosa. En cuanto a la caracterización de estos últimos, es interesante notar cómo Galdós prescinde del costumbrismo dieciochesco que recreó en el episodio anterior, *La corte de Carlos IV* (1873). En una coyuntura crítica en que la monarquía borbónica está a punto de saltar en pedazos tras la decisión de Napoleón de conquistar España, Galdós eleva a los majos y majas de los barrios menestrales al rango de defensores de la patria. Si en *La corte de Carlos IV* Chinitas, la Primorosa y demás no trascendían su condición de tipos pintorescos calcados de los sainetes de Ramón de la Cruz y los cartones de Goya, durante el 2 de mayo pasan a encarnar los valores supremos de una nación que comienza a salir de su modorra gracias a ellos<sup>1</sup>.

La rapidez con que se exaltan los ánimos sorprende a Gabriel, pendiente únicamente del bienestar de Inés y del suyo propio durante los primeros instantes de la confrontación. Gabriel se va contagiando del espíritu guerrero después de la refriega con los mamelucos en que se ve envuelto, si bien el recuerdo de la amante le impide aún desplegar todo su valor (368). Más adelante, sin embargo, el joven se lanza resueltamente a la calle en auxilio de los combatientes del Parque de Monteleón: «A pelear por España. Yo no tengo miedo» (377). Abandonando sus recelos, Gabriel se ha metamorfoseado en un representante más de esta clase baja que se enfrenta a las tropas francesas porque así lo exige su deber de español. Sólo al final de la lucha, cuando después de escapar del asedio en Monteleón descubre que Inés ha sido hecha prisionera, el trastorno mental que acomete temporalmente a Gabriel le hace olvidar toda noción de colectividad para centrarse de nuevo en su situación personal. El episodio del 2 de mayo viene a reforzar, en suma, la noción de *patriotismo* que Gabriel apprehendió casi tres años antes, durante los prolegómenos del

<sup>1</sup> Me he ocupado de este asunto más por extenso en «Costumbrismo, pueblo y nación en la primera serie de *Episodios nacionales*».

combate naval de Trafalgar el 21 de octubre de 1805: «comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu» (80).

Así pues, la puntual exposición de los sucesos de aquel día viene acompañada de un panegírico de los hombres y las mujeres que tan denodadamente lucharon por la libertad de la patria, entre los que el narrador se incluye a sí mismo. La novedad de esta perspectiva consiste en destacar por primera vez el papel de la plebe como garante de una España amenazada en su existencia. Recordemos que en *Trafalgar* (1873) la presencia del populacho se reduce a unos marineros de leva que se batan por obligación, sin que asome en ellos «el más leve sentimiento de patriotismo» (80). En *La corte de Carlos IV*, las intrigas cortesanas alternan con un casticismo de tipos que hace las delicias de una aristocracia frívola y aplebeyada, pero que en ningún caso contribuye a arraigar un modelo de nación. El motín de Aranjuez, por último, expone la brutalidad de una masa cuya voluntad se conquista fácilmente con regalos. Frente a las carencias subrayadas hasta entonces, el relato de lo acontecido el 2 de mayo hace hincapié en las aptitudes redentoras y el espíritu de sacrificio de la clase menestral, cualidades ambas que pronostican la victoria contra el invasor. Gabriel estructura, en fin, su relato a modo de antítesis con el propósito de redimir al pueblo de las injurias vertidas sobre él anteriormente, mostrando en todo momento un respeto reverencial a los patriotas que se levantaron contra Murat en aquella jornada para él tan insigne. En conclusión, el cotejo de «Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870» con *El 19 de marzo y el 2 de mayo* revela una toma de postura muy distinta ante los hechos por parte del narrador, incluso dentro de un mismo texto: el lamento personal (Margara y el 2 de mayo), el repudio a la turba revolucionaria (Gabriel y el motín de Aranjuez), y la exaltación del heroísmo de los madrileños (Gabriel y el 2 de mayo).

Aunque la crítica ha consignado este cambio de orientación, no se ha indagado en los motivos del mismo de una manera para nosotros totalmente satisfactoria. Antonio Regalado García fue el primero en notar el dualismo de Galdós hacia el pueblo en el mentado episodio, según se trate de la exaltación de «las pasiones políticas» que estalla el 17 de marzo o de «la defensa de la nación invadida», como en el 2 de mayo y la contienda posterior (44). En el segundo caso, el «ideal patriótico» sirve para disculpar «las brutalidades de la guerra», en tanto que a los conspiradores de Aranjuez se los equipara a «un

monstruo» (44). Gabriel Lovett vuelve a insistir en las diferencias entre el «populacho amotinado» y el «patriotismo» (35) del pueblo presentes en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Al remarcar que dicho contraste «refleja la actitud del propio Galdós» (35), ahonda en la identificación entre el autor canario y su *alter ego* ficticio.

Aun reconociendo los paralelismos que Araceli/Galdós establece entre la Guerra de la Independencia y el Sexenio Democrático, las razones por las que el 2 de mayo figura en el título de uno de los episodios requieren una explicación más precisa. Ya hemos visto que el carácter emblemáticamente popular de la revuelta brinda al autor la oportunidad de entroncar el heroísmo del ciudadano común con la supervivencia de una España que ve peligrar su integridad territorial. El autor canario se apoya aquí en un dato incuestionable, a saber: la participación mayoritaria de los plebeyos en la rebelión, con un 40% del total de los combatientes, siendo los dos grupos más numerosos el del sector servicios (sirvientes y mozos de hostería, cocheros, asistentes de hospital, aguadores, pequeños tenderos) y el de los trabajadores manuales (Fraser 97). Ello contrasta además con la pasividad de la nobleza y los grandes comerciantes, temerosos ambos de la pérdida de sus privilegios (Fraser 97).

Más allá de las cifras, la importancia de la fecha radica en su condición de «gran mito fundador de la nación moderna» (Demange 12): el Dos de Mayo. Esta mitificación se inicia por obra y gracia de los constitucionalistas de Cádiz, para quienes la sublevación popular de 1808 confirma la necesidad de supeditar la autoridad del rey a la voluntad soberana del pueblo. Su espíritu reformista no tarda, sin embargo, en ser aniquilado tras la restitución al trono de Fernando VII en 1814. El fallecimiento del monarca en 1833 abre finalmente las puertas a la renovación de las anquilosadas estructuras del Antiguo Régimen. La revolución liberal se afianza a lo largo de las décadas de 1830 y 1840, coincidiendo con las Regencias de María Cristina y de Baldomero Espartero previas a la declaración de la mayoría de edad de Isabel II en 1843.

Entre los objetivos de esta nueva oleada de liberalismo está el de consolidar una idea de nación que refuerce las iniciativas promovidas en otros ámbitos por la clase dirigente. La bautizada como Guerra de la Independencia se erige entonces en el símbolo del nacimiento de la España moderna<sup>2</sup>, encarnado en el heroísmo de una colectivi-

<sup>2</sup> Prácticamente todos los historiadores están de acuerdo en este punto. Entre las muchas citas que se podrían aducir aquí, selecciono la siguiente: «Terminada victorio-

dadalzada en armas contra el invasor. La labor de los historiadores es determinante a la hora de afianzar la visión nacionalista-liberal de la lucha contra Napoleón. Cabe destacar aquí la aparición en 1835-1837 de *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* de José María Queipo de Llano, más conocido por su título nobiliario de conde de Toreno (1786-1843). El título del libro hace referencia a las tres etapas de un proceso que, según el autor, empieza con la insurrección de Madrid (*levantamiento*), se extiende al resto de la Península (*guerra*) y hace posible el triunfo del liberalismo (*revolución*). En resumidas cuentas, la *Historia* de Toreno institucionaliza el conflicto de 1808-1814 en aras de la consolidación de un proyecto político a escala nacional que arranca con los sucesos del 2 de mayo en la capital de España.

La empresa precursora de Toreno tiene su continuación en los 29 volúmenes de *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII* (1850-1867) de Modesto Lafuente, cumbre de la historiografía liberal decimonónica. La obra de Lafuente, que tanta información surte a Galdós en la confección de las dos primeras series de *Episodios nacionales*, exalta la memoria del Dos de Mayo como el inicio de la regeneración de España. Lafuente elogia el «sacudimiento espontáneo e impremeditado» de un pueblo que reacciona valientemente ante los «engaños» y «perfidia» de que es víctima por parte de Francia (18:275). Lejos de lamentar la derrota de los madrileños, el autor insta a los lectores a consolarse «con el noble, con el impetuoso, con el inaudito y memorable arranque de dignidad y de grandeza que ofreció en espectáculo al mundo y a los siglos la nación española tan pronto como despertó de su letargo» (18:243). Lafuente reviste, pues, la jornada de un componente fuertemente patriótico en el marco de una España que aspira a recuperar un puesto de honor en el concierto de los países avanzados.

Pese a la iniciativa de los historiadores mentados, es sabido que la implantación de un modelo centralista y progresista de estado no llega a cuajar nunca plenamente en la España del XIX. Las razones de este «fracaso relativo» (Núñez Seixas 21) se atribuyen generalmente a la falta de liderazgo de una burguesía débil y a la enconada resistencia de los sectores reaccionarios de la población, agrupados en

---

samente aquella contienda, se convertiría a lo largo del siglo en el fundamento más sólido del orgullo colectivo y en piedra angular de la mitología con la que se aureolaba el Estado nacional en formación» (Álvarez Junco 144).

torno al carlismo<sup>3</sup>. Recordemos que tras la caída de Espartero en 1843 el moderantismo establece su hegemonía, la cual retiene prácticamente (con excepción del Bienio Progresista de 1854-1856) hasta 1868. Este cambio en la escena política tiene repercusiones en lo que respecta a la percepción del Dos de Mayo, pues no en vano los moderados se sirven de la efemérides para impulsar «un nacionalismo retrospectivo y complaciente» que carece de cualquier forma de «utopía o proyección en el porvenir» (Demange 174).

El acceso al poder de progresistas y demócratas a raíz de la Revolución de Septiembre procede a glorificar de nuevo el Dos de Mayo, a partir de la identificación pueblo-nación forjada en la Constitución de 1812. No es casual al respecto que, durante el Sexenio, los que Pierre Nora demonina *lieux de mémoire* se multipliquen por doquier en los espacios por donde transcurrió la revuelta. Tal despliegue urbanístico pone de manifiesto la necesidad que tienen las autoridades de seguir alimentando el mito para impulsar cambios en la esfera política. Según documenta Christian Demange (184-89), en 1869 confluyen diversas iniciativas encaminadas a alentar el protagonismo de la ciudadanía en relación con los hechos acaecidos en Madrid en 1808. El 1 de mayo el Ayuntamiento democrático inaugura la Plaza del Dos de Mayo al lado del viejo Parque de Artillería de Monteleón, del cual se recupera el arco. En la Plaza convergen las calles del Dos de Mayo, de Daoiz, de Velarde y de Ruiz, no quedando lejos de allí la bautizada aquel día con el nombre de Malasaña<sup>4</sup>. Por último, la estatua de Daoiz y Velarde esculpida por Antonio Solá en 1830 se traslada a la cercana Ronda de Fuencarral, en una ceremonia oficiada igualmente por el Consistorio.

Los esfuerzos de las instituciones al objeto de perpetuar la memoria del Dos de Mayo no debieron de dejar indiferente a Galdós, tan receptivo siempre a la política de su tiempo. Dos años antes del estallido de la Gloriosa, nuestro autor alude por primera vez a las celebraciones en sendas «revistas de la semana» que ven la luz casi simultáneamente en *La Nación* (6 de mayo de 1866) y *Revista del Movimiento Intelectual de Europa* (7 de mayo de 1866.) El joven pe-

<sup>3</sup> Una explicación mucho más completa se encuentra en Núñez Seixas.

<sup>4</sup> El teniente de Infantería Jacinto Ruiz combatió en Monteleón al lado de Daoiz y Velarde. Galdós lo menciona sucintamente en *El 19 de marzo y el 2 de mayo* (374). Manuela Malasaña es una de las heroínas populares del 2 de mayo, que actualmente da nombre a todo un barrio de Madrid. Galdós no la cita, confiriendo el protagonismo de las mujeres a la maja Primorosa.



riodista resalta allí el carácter espontáneo, no oficial, del homenaje que «hombres de todas clases, mujeres y niños» tributan a «las ilustres víctimas de 1808» en el Campo de la Lealtad (*Nación* 340). Le sorprende asimismo el «aire de gravedad» que toma Madrid aquel día, «no muy acorde con su proverbial socarronería» (*Nación* 340). Finalmente, se hace hincapié en la mezcla de «tristeza y alegría» de una festividad en la que, al tiempo que se derraman «lágrimas por víctimas esclarecidas», se «recuerda una gloria nacional» (*Revista* 200).

En las postrimerías del Sexenio, Galdós vuelve a incidir en el tema en «El Dos de Mayo», publicado en la revista *La Guirnalda* el 1 de mayo de 1874 y en el periódico *El Gobierno* al día siguiente. La independencia de la nación que constituye el tema central del artículo da la clave, en mi opinión, para entender las razones por las que en *El 19 de marzo y el 2 de mayo* se ofrecían dos visiones opuestas de la masa. Galdós afirma en el artículo que sus compatriotas no se conducen nunca a base de «movimientos lentos y progresivos», sino más bien a impulsos de «los golpes de mano» (114). Cuando éstos son «gloriosos y grandes» (114) se designan con el nombre de «*levantamiento*» (114; la cursiva es de Galdós;) si son «pequeños y miserables» (114), caen dentro de la categoría de «*pronunciamiento*» (115; la cursiva es de Galdós.) En el grupo de los primeros sobresale el Dos de Mayo, suceso inaudito en el que el heroísmo de «dos oficiales de artillería distinguidos» (115) logra apuntalar «la idea de nacionalidad» (116). Aunque se han dado traspies desde entonces, Galdós está convencido de que la independencia de España «está y estará siempre asegurada» (117). No hace falta añadir que la connotación positiva de la palabra *levantamiento* procede de la *Historia* de Toreno, siendo también idéntica en ambos autores la filiación del susodicho término con el Dos de Mayo.

Por otro lado, en el mentado artículo de 1874 el *pronunciamiento* se define como «las conmociones del pueblo y del ejército, hijas de la conspiración» (115). Galdós no da ningún ejemplo de este tipo de rebelión, pero es fácil adivinar que está aludiendo a los motines que se han sucedido sin solución de continuidad a lo largo del siglo XIX. Un conocido pasaje de *El 19 de marzo y el 2 de mayo* permite corroborar nuestra hipótesis, así como discernir la antipatía que la palabra suscita en el novelista. Al final del capítulo XIII, el anciano Gabriel refiere las agradables veladas que pasa en el café Pombo con un grupo de contertulios de edades diversas. Haciendo gala de su acos-

tumbrado «tonillo zumbón» (317), Araceli rechaza por estériles ante sus amigos las asonadas que le ha tocado presenciar en vida desde la ya lejana del 17 de marzo de 1808: «es preciso confesar que sin estos divertimientos periódicos, que cuestan mucha sangre y mucho dinero, la historia moderna de la heroica España sería esencialmente fastidiosa» (317). La ironía del narrador alumbró su convicción de que el camino recorrido por España desde 1814 hasta el presente consiste en una tumultuosa sucesión de revoluciones sin ton ni son. Lejos de imitar el ejemplo de sus antecesores madrileños, estos agitadores actúan sólo por interés personal, con lo que han degradado la memoria del Dos de Mayo a un vano ejercicio de autocomplacencia.

La polaridad *pueblo/populacho* no basta, pues, para explicar la antítesis que estructura la narración de *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, siendo preciso acudir a la terminología que Galdós emplea en su artículo «El Dos de Mayo.» Se retrata allí la idiosincrasia de un país que no sabe avanzar al ritmo acompasado que le marcan sus gobernantes, sino que oscila bruscamente de un extremo al otro por las sacudidas de la masa. Lideradas por individuos de la calaña de Santurrias y Pujitos, éstas no hacen más que alterar la superficie de la sociedad sin contribuir un ápice al desarrollo de una conciencia nacional. Galdós moteja de *pronunciamiento* esta primera forma de revuelta, tipificada en el motín de Aranjuez. Cuando, por el contrario, los integrantes del pueblo se unen instintivamente para luchar por la independencia y la libertad amenazadas por un enemigo exterior, se empiezan a imaginar como ciudadanos de una nación que comparten un ideal de futuro. Así ocurre en Madrid durante el 2 de mayo de 1808, en una jornada que merece justamente el calificativo de glorioso *levantamiento*<sup>5</sup>.

Asegurada la supervivencia del país en 1814, Galdós, al igual que Gabriel, no se engaña respecto a las revoluciones que desde entonces han atentado contra la estabilidad y el progreso, incluida la Gloriosa tras el fiasco del Sexenio. La fe que tiene en el Dos de Mayo, sin embargo, se mantiene incólume en medio de tantas turbulencias e inmune a la evolución de su ideología política, la cual lo lleva a abrazar públicamente la causa del republicanismo en 1907. El 15 de mar-

<sup>5</sup> En el presente no hay unanimidad sobre si el 2 de mayo constituye un levantamiento o un pronunciamiento. Entre los partidarios de la primera opción está Fraser (79). En cambio, Charles Esdaile (69) y Ricardo García Cárcel (99) lo consideran un motín más.

zo de 1908, en calidad de diputado a Cortes por Madrid y miembro de la Comisión organizadora del Centenario del Dos de Mayo, Galdós publica en el diario republicano *El País* el artículo «Al pueblo de Madrid.» A pesar del tiempo transcurrido, el novelista sigue sosteniendo que el «fundamental principio» de la «Santa Independencia» de la España moderna tiene su primera manifestación en «el temerario alzamiento contra la invasión extranjera» protagonizado por los madrileños en 1808. Ello se debe a la «lucha formidable y el cruento suplicio» del pueblo y el ejército, unidos en una «doble y mancomunada iniciativa.»

Por último, un suplemento especial de *El País* fechado el 2 de mayo de 1908 recoge en la contraportada otra breve colaboración de Galdós con motivo de la efemérides, titulada «La esfinge del Centenario.» En ella, el autor reclama que se preserve el espíritu del Dos de Mayo a fin de dirigir el país hacia «las regiones de vida y sanidad perdurables.» Se queja asimismo de la falta de fervor de la «burguesía opulenta» a la hora de participar en las celebraciones, expresión de un «Patriotismo de segundo grado.» Sólo en las filas del pueblo brota aún el «Patriotismo de primer grado», aunque no con el suficiente vigor para contrarrestar la desidia de los actos oficiales<sup>6</sup>. La preocupación de Galdós en 1908 sigue siendo la misma que en 1873 ó 1874, o sea, alentar un sentimiento compartido de nacionalidad que permita superar las rémoras del pasado y construir un país moderno en sintonía con el resto de Europa. Con las miras puestas en la consecución de tal objetivo, nuestro autor invoca reiteradamente la memoria del Dos de Mayo para que sus compatriotas no olviden en qué momento de la historia se forjó este «*proyecto sugestivo de vida en común*» (42) que, según José Ortega y Gasset, es la razón de ser de toda nación.

---

<sup>6</sup> Quisiera agradecer a Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe el haberme suministrado los artículos de Galdós en *El País*, a los cuales no tenía acceso desde Estados Unidos.

OBRAS CITADAS

- Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2003.
- Demange, Christian. *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*. Madrid: Marcial Pons, 2004.
- Dorca, Toni. «Costumbrismo, pueblo y nación en la primera serie de *Episodios nacionales*.» *Studies in Honor of Vernon Chamberlain*. Ed. Mark Harpring. Newark, De: Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs. En prensa.
- Esdaille, Charles. *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*. Trad. Alberto Clavería. Barcelona: Crítica, 2004.
- Fraser, Ronald. *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Trad. Silvia Furió. Barcelona: Crítica, 2006.
- García Cárcel, Ricardo. *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia*. Madrid: Temas de Hoy, 2007.
- Hoar, Leo J. «More on the Pre- (and Post-)History of the *Episodios Nacionales*: Galdós' Article 'El Dos de Mayo' (1874).» *Anales Galdosianos* 7 (1973): 107-20.
- . «'Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870', por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus *Episodios nacionales*.» *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-52 (1970): 312-39.
- Lafuente, Modesto. *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Barcelona: Montaner y Simón, 1889.
- Lovett, Gabriel H. «Dos visiones del pueblo: *El 19 de marzo y el 2 de mayo* de Galdós.» *Perspectivas sobre la novela española de los siglos XIX y XX*. Ed. Alva V. Ebersole. Valencia: Albatros, 1979. 27-35.
- Nora, Pierre (ed.). *Les lieux de mémoire*. 3 vols. París: Gallimard, 1997.
- Núñez Seixas, Xosé M. «Nacionalismo español y revolución liberal durante el siglo XIX.» *Los nacionalismos en la España contemporánea (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Hipòtesi, 1999. 18-30.
- Pérez Galdós, Benito. *Episodios nacionales. Primera serie. La guerra de la Independencia*. Eds. Dolores Troncoso y Rodrigo Varela. Barcelona: Destino, 2005.
- . «El Dos de mayo.» «More on the Pre- (and Post-)History of the *Episodios Nacionales*: Galdós' Article 'El Dos de Mayo' (1874).» Por Leo J. Hoar, Jr. *Anales Galdosianos* 7 (1973): 114-17.
- . «Revista de la semana.» *Los artículos de Galdós en 'La Nación'*. Ed. William H. Shoemaker. Madrid: Ínsula, 1972. 339-41.
- . «Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870.» «'Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870', por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus *Episodios nacionales*.» Por Leo J. Hoar Jr. *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-52 (1970): 336-39.
- . «Revista de la semana.» *Benito Pérez Galdós y la 'Revista del Movimiento Intelectual de Europa'*. Ed. Leo J. Hoar Jr. Madrid: Ínsula, 1968. 199-201.
- . «La esfinge del Centenario.» *El País* 2 de mayo de 1908.
- . «Centenario del dos de mayo. Al pueblo de Madrid.» *El País* 15 de marzo de 1908.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*. Madrid: Revista de Occidente, 1971.
- Queipo de Llano, José María (Conde de Toreno.) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid: Rivadeneyra, 1872.
- Regalado García, Antonio. *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912*. Madrid: Ínsula, 1966.